

II

EL TIPO IMAGINATIVO

Tratemos ahora, para terminar, de presentar al lector un cuadro de conjunto de la vida imaginativa en todos sus grados.

Si se considera el espíritu humano principalmente en su aspecto intelectual, es decir, en tanto que conoce y piensa, hecha abstracción de sus emociones y de su actividad voluntaria, de la observación de los individuos se desprenden algunas variedades bien marcadas.

Primero los espíritus positivos ó realistas que viven casi únicamente del mundo exterior, de lo que perciben y deducen inmediatamente, ajenos ú hostiles á toda quimera: unos vulgares, limitados, pedestres; otros, hombres de acción, enérgicos, pero encerrados en la realidad.

Los espíritus abstractos, los "abstractores de quintas esencias", entre los que predomina la vida interior bajo la forma de combinaciones de conceptos; estos tienen una representación esquemática del mundo y lo reducen todo a una jerarquía de ideas generales anotadas por signos; tales son los matemáticos y los metafísicos puros; si estas dos tendencias coexisten ó, como sucede, se ingerta una en otra sin que nada les haga contrapeso, entonces el espíritu abstracto alcanza su forma perfecta.

Entre estos dos grupos, y á la mitad del camino, están los imaginativos, en los que predomina la vida interior bajo la forma de *combinaciones de imágenes*.

Ellos sólo nos interesan, y vamos á tratar de seguir ese tipo imaginativo en su desarrollo, desde el estado normal ó medio hasta el momento en que, por su exhuberancia siempre creciente, pertenece á la patología.

La explicación de las diversas fases de este desarrollo, es reducible á una ley psicológica muy conocida: la del antagonismo natural entre la sensación y la imagen, entre los fenómenos de origen periférico y los fenómenos de origen central, ó bajo una forma más general, entre la vida exterior y la vida interna. No insistiré sobre este punto que Taine, en *L'Intelligence*, ha tratado de un modo tan magistral, mostrando cómo la imagen es una sensación espontánea renaciente, pero que aborta por el choque antagonista de la sensación real, que es su reductor, y produce sobre ella una acción paralizadora manteniéndola en el estado de hecho interior y subjetivo. Así, durante la vigilia, la frecuencia é intensidad de las impresiones de fuera, rechazan y recluyen las imágenes al segundo término; pero mientras se está dormido, el mundo exterior queda como suprimido y borrado, la tendencia alucinatoria no está entorpecida por nada, y el mundo de los sueños es momentáneamente la realidad.

La psicología del imaginativo se reduce á una inversión de papeles progresivamente crecientes; las imágenes se hacen cada vez estados más fuertes, en tanto que las percepciones son cada vez estados más débiles. En esta marcha contra naturaleza, noto cuatro etapas, de las cuales corresponde cada una á condiciones particulares: 1.º la cantidad de imágenes; 2.º la cantidad y la intensidad; 3.º la cantidad, la intensidad y la duración, y 4.º la sistematización completa.

I En el primer grado, el predominio de la imaginación no está señalado más que por la *cantidad* de las representaciones que invade la conciencia; ellas pululan, se multiplican, se asocian y se combinan con suma facilidad y de distintas maneras. Todos los imaginativos que oralmente ó por escrito me han hecho sus confesiones, están de acuerdo acerca de la facilidad en formarse las asociaciones, no para repetir las experiencias pasadas, sino para esbozar breves novelas; entre muchos ejemplos citaré uno solo:

Uno de mis corresponsales me escribe que si en la iglesia, en el teatro, en una estación ó en una plaza, detiene su atención sobre una persona, hombre ó mujer, inmediatamente, por su aspecto, su porte y sus modales, se construye su presente y su pasado, su género de vida, sus ocupaciones, y se representa el barrio de la población que debe de habitar, su casa, su mobiliario, etc., etc.; reconstrucción errónea las más de las veces, como tengo muchas pruebas de ello. Evidentemente esta disposición es normal y no se separa del término medio más que por un exceso de imaginación que en otros casos se reemplaza por una tendencia también excesiva de observar y analizar, ó bien á criticar, razonar ó ergotizar. Para dar el paso decisivo y entrar en lo anormal se precisa una condición más: la *intensidad* de las representaciones.

II Entonces ocurre la inversión de papeles indicada más arriba, y los estados débiles (imágenes) se hacen fuertes, y á su vez los estados fuertes (percepciones) se debilitan; las impresiones de fuera son impotentes para llenar su oficio de inhibición; el ejemplo más sencillo le hallamos en la persistencia excepcional de algunos sueños. De ordinario nuestras imaginaciones nocturnas se desvanecen como vaná

fantasmagoría ante el aflujo de percepciones y los usos de la vida diurna, apareciéndose nos como fantasmas lejanos sin objetividad; pero en la lucha que se produce al despertar entre las imágenes y las percepciones, no siempre estas últimas salen victoriosas; hay sueños, esto es, creaciones imaginarias, que se mantienen firmes ante la realidad, y, durante algún tiempo, marchan al par de ella.

Taine ha visto, acaso el primero, la importancia de este hecho, y cuenta que su pariente el doctor Baillarger, habiendo soñado que á uno de sus amigos le habían nombrado director de un gran periódico, comunicó seriamente la noticia á muchas personas, y que la duda no se despertó en él hasta el fin de la tarde de aquel día; después de Taine, los psicólogos han recogido varias observaciones de este género (1). La persistencia emocional de algunos sueños es harto conocida: como cuando uno de nuestros parientes juega un papel odioso en uno de nuestros sueños y tenemos contra él un sentimiento de repulsión ó de acritud que persiste durante todo el día.

Pero este triunfo de la imagen, accidental y efímero en el hombre normal, es frecuente y estable entre los imaginativos de segundo grado; muchos de ellos han sostenido que ese mundo interior es la única realidad. Gerardo de Newal "tuvo de muy joven la convicción de que la multitud vive engañada, que el universo material, en el cual tiene fe porque le ven sus ojos y le tocan sus manos, no es más que un con-

(1) Sante de Santis, *Y. Soagni*; Tissié, *Les Réves*, entre otros, cuenta el caso de un comerciante que soñó que le habían pagado cierta deuda, y muchas semanas después, habiéndole enviado el importe su deudor, sostuvo que estaba pagada y no se rindió más que ante la evidencia.

junto de fantasmas y apariencias; para él, por el contrario, sólo el mundo invisible no era quimérico". Del mismo modo dice Edgar Poë: "Las realidades del mundo me afectan como visiones, y nada más que así; mientras que, las locas ideas del país de los sueños, son en cambio, no sólo el alimento de mi existencia cotidiana, sino positivamente mi entera y única existencia"; otros describen su vida como "un sueño permanente", y se podrían multiplicar los ejemplos, pues los poetas, los artistas y los místicos, los suministran copiosamente. Teniendo en cuenta la exageración, ese "sueño permanente" obra sobre todo por su intensidad, y, en tanto que dura, absorbe á los que le sufren tan completamente, que no vuelven al mundo exterior, objetivo, más que por un choque brusco, violento y doloroso.

III Si la transformación de las imágenes en estados consistentes prepondera en la conciencia, no es ya un episodio ó accidente, sino una disposición *durable*; entonces, la vida imaginativa sufre una sistematización parcial que toca en los límites de la locura. Cada cual puede estar "absorto" de pasada, como los autores arriba citados y otros semejantes lo están frecuentemente; pero en su grado más alto, esta supremacía invade la vida entera y llega á hacerse una costumbre; este tercer grado no es más que un exceso del segundo.

Se conocen algunos casos de doble personalidad, como los de Azam y Reynolds, en los cuales ese segundo estado es primero embrionario y de corta duración, luego sus apariciones se repiten y su esfera se extiende, hasta que poco á poco acapara la mayor parte de la vida, y aun puede suplantar completamente el yo primitivo. Semejante es el trabajo cre-

ciente de la vida imaginativa; merced á dos causas que obran de concierto (el temperamento y la costumbre), la vida imaginaria é interior tiende á sistematizarse y á suplantar más cada vez la vida real y externa. En una observación que hace Feré en su *Pathologie des émotions*, se puede seguir paso á paso este trabajo de sistematización que nosotros reducimos á sus rasgos principales.

Un sujeto, M., hombre de treinta y siete años, tuvo desde su infancia una inclinación decidida hacia la soledad; sentado en un rincón apartado de la casa ó fuera de ella, "comenzó desde aquel tiempo á forjar castillos en el aire, que tuvieron poco á poco gran importancia en su vida; al principio eran efímeros y reemplazados diariamente por otros nuevos, hasta que, progresivamente, se fueron haciendo más y más consistentes; cuando estaba bien penetrado de su papel imaginario, ocurría con frecuencia que continuaba en sus sueños delante de otras personas; en el colegio se pasaba así horas enteras sin ver ni oír cosa alguna". Ya casado, y jefe de una casa de comercio acreditada, tuvo alguna tregua, hasta que después de cierto tiempo volvió de nuevo á forjar sus antiguos castillos en el aire: "comenzaron por ser, como la vez pasada, poco durables y apenas absorbentes, pero poco á poco adquirieron mayor intensidad y duración hasta que, por último, se fijaron de una manera definitiva.

"En resumen, he aquí en lo que consistía esta vida ideal que duraba ya más de cuatro años: M. se había mandado construir en Chaville, en el confín del bosque, un pabellón (imaginario) rodeado de un jardín; por engrandecimientos necesarios, el pabellón se convirtió en castillo, y el jardín en parque; las caba-

llerizas, los caballos y las fuentes embellecieron luego la posesión; los muebles de la casa fueron modificándose á la vez que ésta; una mujer vino á animar el cuadro; hubo después dos hijos, y nada faltaba á esta familia ideal más que el ser verdadera.... Un día, estando en su salón imaginario del castillo de Chaville ocupado en vigilar á un tapicero que estaba arreglando unas colgaduras, permaneció tan absorto en esta ocupación que no vió á un hombre que, dirigiéndose á él, le dijo: "M., M., cuando usted quiera", á lo que contestó sin darse cuenta de ello: "M., está en Chaville". Esta respuesta, dada en público, le produjo verdadero terror, "comprendió que estaba loco", dijo, y, vuelto en sí, se declaró dispuesto á soportarlo todo hasta desembarazarse de tales ideas."

Aquí el tipo imaginativo llega á su *máximum*, tocando el límite de la locura, pero sin traspasarlo; las asociaciones y combinaciones de imágenes forman todo el contenido de la conciencia, que permanece impenetrable á las impresiones de fuera; su mundo ideal se convierte en el mundo verdadero; la vida parásita mina y corroe la vida real para ocupar su puesto, se ensancha, sus fragmentos se aglutinan poco á poco y forma una masa compacta; la sistematización imaginaria se efectúa.

IV El cuarto grado es la agravación del precedente; la vida imaginaria, *completamente sistematizada y permanente*, excluye la otra; es la forma extrema, la entrada en la locura. Este punto ya no nos concierne, pues de antemano excluimos de nuestro ensayo la cuestión patológica.

La imaginación entre los locos merecería un estudio especial que resultaría muy extenso, porque no hay un modo de invención que no haya revestido

más de una vez la forma vesánica; en ningún tiempo han faltado creaciones locas en la vida práctica, religiosa y mística, en la poesía, en las bellas artes y en la ciencia, en los proyectos industriales, comerciales, mecánicos y militares, como asimismo en los planes de reforma política ó social; habría, pues, hechos en abundancia (1).

Pero, á pesar de todo, semejante obra sería muy difícil de hacer, porque si en la vida ordinaria se ve uno perplejo á cada paso para decidir si un hombre es cuerdo ó loco, ¡qué no ocurrirá tratándose de un inventor y de un acto de la facultad creadora, es decir, de una tentativa sobre lo desconocido! ¡Cuántos innovadores han sido considerados como locos, ó por lo menos, como desequilibrados y visionarios!

(1) El doctor Max Simón, en un artículo acerca de «la imaginación en la locura» (*Anales médico-psychologiques*, 1876), sostiene que cada especie de enfermedad mental tiene su forma propia de imaginación, que se manifiesta por relatos, composiciones, dibujos, decoraciones, atavíos y atributos simbólicos. El maniático inventa dibujos complicados é inverosímiles; el que sufre delirio de persecución, hace dibujos simbólicos y escribe cosas extrañas que rayan en lo horrible; los megalómanos atienden al efecto en todo lo que dicen y hacen; el paralítico general vive en la grandiosidad y atribuye á todo una importancia capitalísima; los dementes gustan de lo maravilloso ingenua é infantilmente.

Se han hallado también grandes imaginativos que, habiendo atravesado un período de locura, le han echado de ménos vivamente «como un estado en el que el alma, más exaltada y más útil, percibe relaciones invisibles y goza con espectáculos que escapan á los ojos materiales»; tal fué Gerardo de Nerval; en cuanto á Carlos Lamb, declaraba que se deberían envidiar los días pasados en una casa de locos: «Algunas veces, dice en una carta á Coleridge, vuelvo atrás los ojos y echo á mi antiguo estado una mirada de envidia, porque mientras duró he tenido muchas horas felices. No piense usted, Coleridge, haber saboreado la grandeza y todo el transporte de la fantasía, si no ha estado usted loco. Ahora todo me parece insípido en comparación de entonces». Citado por A. Barine, *Néurosés*.

Ni aún el éxito se puede invocar como criterio en tales casos. Muchas invenciones no viables y abortadas han tenido por padres espíritus muy sanos, y genios calificados de insensatos han justificado con el éxito sus construcciones imaginativas.

Descartemos esas dificultades de un asunto que no es el nuestro, para determinar sencillamente el criterio psicológico propio de este cuarto grado.

¿Cómo afirmar con justicia que una forma de la vida imaginativa es francamente patológica? En mi opinión, la respuesta debe buscarse en la naturaleza y el grado de la creencia que acompaña al trabajo de la creación. Es un axioma incuestionable para todos, idealistas y realistas de cualquier matiz que sean, que nada existe para nosotros más que por la conciencia que tenemos de ello; pero para el realismo (y la psicología experimental es realista necesariamente) hay dos formas distintas de existencia:

La una subjetiva, que no tiene realidad más que en la conciencia, por lo cual la prueba no puede efectuarse más que en la conciencia, en esta afirmación primaria tantas veces descrita.

La otra objetiva, que existe en la conciencia y fuera de ella, que es real, no solo para mí, sino para aquellos cuya constitución es semejante ó análoga á la mía.

Para el imaginativo del tercer grado, no se confunden las dos formas de existencia; distingue dos mundos, uno que prefiere y otro que sufre, pero cree en ambos, tiene conciencia de pasar de uno á otro; *hay alternativa*; la observación de Feré, aunque en el límite extremo, es una prueba.

El cuarto grado es el del alienado; el trabajo imaginativo (el único que nos concierne) está de tal

modo sistematizado, que la distinción entre los dos modos de existencia ha desaparecido; todos los delirios de su cerebro están investidos de una realidad objetiva; los acontecimientos exteriores, hasta los más extraordinarios, no le alcanzan ó son interpretados en el sentido de su delirio (1); *ya no hay alternativa*.

En resumen, la imaginación creadora consiste en la propiedad que tienen las imágenes de reunirse en combinaciones nuevas por efecto de una espontaneidad, de la cual se ha tratado de determinar la naturaleza; tiende siempre á realizarse en grados que varían desde la simple creencia momentánea á la objetividad plena y entera. Al través de sus múltiples manifestaciones, permanece idéntica á sí misma, en su profunda naturaleza y en sus elementos constitutivos; la diversidad de sus obras depende del fin propuesto, de las condiciones requeridas para realizarla y de los materiales empleados que, como ya hemos visto bajo el nombre colectivo de representaciones, son de hecho muy semejante, no sólo en cuanto á su origen sensorial (imágenes visuales, auditivas, táctiles, etc.), sino también en cuanto á su naturaleza psicológica: imágenes concretas, simbólicas, afectivas, abstractas y emocionales; imágenes genéricas, esquemáticas y conceptos; y cada grupo llevando en sí mismo matices individuales.

Esta actividad constructiva que se aplica á todo é irradia en todas direcciones, es, bajo su forma pri-

(1) Se ha citado á menudo el caso de algunos locos de Charenton que, durante la guerra franco-prusiana, á pesar de los relatos que les hacían los periódicos que leían y los obuses que estallaban bajo los muros del asilo, sostenían que la guerra era una quimera y todo aquello una maquinación de sus perseguidores.

mitiva, típica, la creación mítica. Es para el hombre una necesidad invencible reflejar y reproducir su propia naturaleza en el mundo que le rodea; el primer paso de su espíritu es el *pensamiento por analogía*, que todo lo anima según el modelo humano, y trata de conocerlo todo por semejanzas arbitrarias. La actividad mitologizante que hemos estudiado en el niño y en el hombre primitivo, es la forma embrionaria de donde salen, por una evolución lenta, las creaciones religiosas, groseras ó refinadas: el desarrollo estético, que es una mitología decadente y empobrecida, y las quiméricas concepciones del mundo, que poco á poco se convierten en concepciones científicas, aunque con un residuo irreductible de hipótesis. Al lado de estas creaciones que pertenecen á la forma que hemos llamado fija, hay creaciones prácticas objetivadas; estas no pueden derivarse del mismo origen mítico más que por sutilezas dialécticas, á las cuales renunciamos; las primeras son hijas de una efervescencia interior, y las segundas de imperiosas necesidades de la vida; estas últimas aparecen más tarde y son una bifurcación del tronco primitivo, pero la misma savia corre por las dos ramas.

La imaginación constructiva penetra toda la vida individual y colectiva, especulativa y práctica, bajo todas sus formas, y se encuentra en todas partes.

APÉNDICE

OBSERVACIONES Y DOCUMENTOS